

¿DE QUÉ LADO ESTOY?:

DOS BANDERAS [136] - [147]

Meditación – 2025

En este día, vamos a proponeros una Meditación que es muy importante y muy típica de San Ignacio de Loyola. Es la llamada de Dos Banderas que San Ignacio incluye en la Segunda Semana de Ejercicios.

Sabéis que él concibió los Ejercicios como una experiencia para hacerse durante un mes completo y que va distribuyendo la materia entre estas cuatro semanas del mes.

Pues bien, aunque la Segunda Semana, que es introducida por La Llamada del Rey, está dedicada en su mayoría a la meditación, la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, su encarnación, su nacimiento, la infancia, la vida oculta, la vida pública; sin embargo, San Ignacio interrumpe este desarrollo cronológico con algunas meditaciones que pueden ayudarnos a ver cómo lo estamos haciendo. Concretamente Dos Banderas, Tres Binarios, quieren servirnos para evaluar si realmente nuestra respuesta al Señor está siendo coherente y sincera. Todos tenemos el peligro, no solamente de cometer errores en la vida que eso es inevitable, sino también incluso de engañarnos, pensar que vamos muy bien, suponer que vamos avanzando convenientemente y que tal vez nuestra vida no confirme esa opinión que tenemos. A esto nos ayuda esta **Meditación de las Dos Banderas**, a ver **cómo estamos objetivamente en relación con el Señor**.

[136] *El cuarto día*, Meditación de dos banderas, la una de Christo, summo capitán y señor nuestro; la otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

La historia:

[137] 1º *preámbulo*. El primer preámbulo es la historia: será aquí cómo Christo llama y quiere a todos debaxo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debaxo de la suya.

Composición de lugar:

[138] 2º *preámbulo*. El 2º: composición viendo el lugar; será aquí ver un gran campo de toda aquella región de Hierusalén, adonde el summo capitán general de los buenos es Christo

nuestro Señor; otro campo en región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer.

Petición:

[139] 3º *preámbulo*. El 3º: demandar lo que quiero; y será aquí pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para le imitar.

PUNTOS

San Ignacio comienza sugiriéndonos que el próximo rato de oración que hagáis, le pidáis al Señor esta gracia:

- * la del conocimiento de los engaños del demonio y gracia para no dejarnos llevar por ellos;
- * y la del conocimiento de la vida verdadera que muestra Jesucristo, nuestro sumo y verdadero capitán, y gracia para imitarle.

Para quienes tenéis el Libro de los Ejercicios Espirituales encontraréis esta Meditación sobre todo en los números [136] a [147].

Esta Meditación es imprescindible cuando tenemos que tomar decisiones importantes en la vida; es decir, cuando estamos en lo que llama San Ignacio “el proceso de elección”, que no nos confundamos, que no nos equivoquemos, sino que realmente con la ayuda de Dios acertemos. Y como este Santo era muy consciente de que las fuerzas del enemigo luchan contra nuestra perfección en todo estado, quiere ayudarnos con esta herramienta, para procurar que no nos confundamos, que no nos engañemos.

Seguramente todos recordáis ese pasaje tan bonito de la Escritura, que es la Parábola de la cizaña, lo tenéis en **Mt 13,24-30**; y en él, Jesús cuenta cómo un sembrador plantó trigo, una semilla buena, pero vino otro y esparció por ahí cizaña. Y el problema es que la cizaña, la mala hierba, al principio no se distingue del trigo; es decir, que cuando están empezando los primeros brotes da la impresión de que todo es trigo, de que todo es bueno. Sólo cuando ya han crecido ambos, podemos ver que del trigo salen espigas de las cuales sacaremos la harina, etc.; mientras que de la cizaña no sale nada, se seca cuando llega el calor y hay que arrancarla para tirarla al fuego. También en nuestra alma a veces hay trigo y a veces hay cizaña, y es bueno ir distinguiendo ambas para no poner la ilusión de que todo lo que hay en nosotros es trigo.

Parábola de la cizaña (Mt 13,24-30).

«Les propuso esta otra parábola: “El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se fue. Cuando brotó la hierba y produjo fruto, apareció entonces también la cizaña. Los siervos se acercaron al amo y le preguntaron: ‘Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿Por qué tiene entonces cizaña?’ Él les contestó: ‘Algún enemigo ha hecho esto’. Los siervos le dijeron: ‘¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla?’ Les respondió: ‘No, no sea

que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo. Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega. Ya diré a los segadores, cuando llegue la siega, que recojan primero la cizaña y la aten en gavillas para quemarla, y que almacenen el trigo en mi granero».

El padre Mendizábal nos ponía un ejemplo que me pareció muy lúcido para entender lo que quiere regalarnos Dios con motivo de esta Meditación. Es el ejemplo de un sacerdote jesuita que ya ha sido beatificado, el beato Rupert Mayer, que fue el Conciliario de la Congregación Mariana de Múnich, en la primera mitad del siglo XX. El beato Rupert Mayer fue uno de los primeros que se dio cuenta del peligro que supondría para Alemania y para Europa la figura de Hitler y del partido nazi en Alemania.

Mucho antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial, por consiguiente, antes de que hubiera campos de concentración, antes de que Hitler llegara al poder, ya Rupert Mayer se dio cuenta de que aquel hombre era peligroso y que, si llegaba a ganar las elecciones, si ostentara el poder, sería la ruina para su patria, para su nación.

Y entonces, reflexionando sobre esto, Joseph Ratzinger, en un libro precioso que se llama “*De la mano de Cristo*”, con homilías sobre la vida de los santos, explica tres cosas que Rupert Mayer vio en Hitler que le hicieron darse cuenta de que ese hombre no iba a hacer ningún bien a su patria. Las tres cosas son estas; decía Rupert Mayer:

«Yo veo que este hombre miente y exagera. Unos días dice una cosa, otros días la contraria.

La segunda cosa que veo en él es que es un hombre que es ególatra. Le gusta que le llamen el Führer, el gran pastor de este pueblo, que la gente tenga un retrato suyo en su casa, en su oficina o en su fábrica. Es decir, quiere encumbrarse, quiere ser más que nadie, que todo el mundo le adore.

Y, en tercer lugar, veo que los jóvenes que se acercan a sus mítines se llenan de odio. Odio a los judíos, odio a los que no comparten esa ideología, odio a los extranjeros».

Rupert Mayer llegó ya en los años 20 a esta conclusión. “Esas tres cosas (la mentira, la soberbia, el odio) sólo pueden provenir de un origen que es el diablo, y por consiguiente, aunque Hitler os prometa el pleno empleo, aunque os prometa un gran avance de nuestra tierra en infraestructuras, devolvernos nuestro orgullo y otras muchas cosas que suenan bien; sin embargo, si le hacemos caso, él llevará a la ruina nuestra tierra”. Y así sucedió.

¿Qué es lo que tenía Rupert Mayer para darse cuenta de que Hitler iba a ser un peligro? ¿Es que Rupert Mayer había recibido una formación política mejor que la de sus conciudadanos? No. Lo que tenía era **olfato espiritual**, es decir la capacidad de distinguir qué es lo que huele bien, suena bien, parece que es en concordancia, en conformidad con el Evangelio de Jesucristo, distinguirlo de aquello que tiene un tufillo que nos parece que viene del maligno. Esa es la gracia que le pediremos al Señor para nosotros:

Señor, **concédenos olfato espiritual**, concédenos la gracia de distinguir lo que va bien, de lo que a Ti no te gusta, en lo que Tú estás presente, de lo que para Ti no es conveniente. Concédenos este olfato espiritual: **engaños del demonio y la vida verdadera, que sepamos distinguir estas dos cosas.**

EL EJÉRCITO DEL MALIGNO.

¿Cómo es la Meditación de Dos Banderas? San Ignacio imagina un gran campo de batalla. Él, como recordáis, había servido al rey de España en la Ciudadela de Pamplona frente al invasor francés que en 1521 quiso hacerse con el reino de Navarra y conocía muy bien, por tanto, cómo se desarrollaban las batallas en las que los nobles y los caballeros servían al rey.

Él nos anima a imaginar un campo de batalla. Podéis figuraros una gran pradera con una extensión de muchos kilómetros en la cual ya hay dispuestos en los dos extremos dos ejércitos que están preparados para la batalla.

En primer lugar, en los números [140] a [142] de Ejercicios, nos anima a imaginar cómo es el ejército del maligno, del diablo; y entonces nos dice que veamos cómo Satanás es el máximo jefe de ese ejército y está sentado, dice, en una «**gran cátedra de fuego y humo**», es decir, está rodeado de confusión. El humo nos impide ver lo que tenemos delante y al maligno, al diablo, le gusta la confusión, le gusta crear la dificultad para descubrir lo que es verdadero de lo que es falso, le gusta engañarnos, en una palabra. Como además es muy soberbio, quiere situarse en lo más alto de todo su ejército, que todos le vean así, encumbrado. Quiere hacer imponer su autoridad y su dominio sobre todos los que pelean con él.

[140] 1º *puncto*. El primer puncto es imaginar así como si se asentase el caudillo de todos los enemigos en aquel gran campo de Babilonia, como en una grande cátedra de fuego y humo, en figura horrible y espantosa.

[141] 2º *puncto*. El 2º: considerar cómo hace llamamiento de innumerables demonios y cómo los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dexando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular.

[142] 3º *puncto*. El 3º: considerar el sermón que les hace, y cómo los amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de cobdicia de riquezas, como suele, ut in pluribus¹, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia; de manera que el primer escalón sea de riquezas, el 2º de honor, el 3º de soberbia, y destes tres escalones induce a todos los otros vicios.

Entonces, este capitán de ese ejército lo que hace es esparcir demonios por todas partes. Él tiene colaboradores, personas que hacen avanzar sus filas y les dice que no dejen ningún sitio por ocupar, que marchen a todas partes y que traten de arrebatarse las almas de las personas para conducir las a su ejército. Este es el planteamiento del maligno.

Él querría que todos nosotros perdiéramos la salvación eterna que nos ha ganado Jesucristo. Él querría que las almas se perdieran; que después de esta vida, que Dios nos ha concedido, para muchos hubiera una condenación y un infierno. Eso es lo que él pretende.

¹ comúnmente.

Y tiene para esto una táctica o una estrategia; y es que a sus demonios les anima a ir por todas partes y lugares haciendo lo siguiente: moviendo a las personas a **codicia**; de codicia a **vanagloria**; de vanagloria a **soberbia**; y de soberbia a todos los **demás pecados**.

La estrategia es inteligente, es decir, cuando una persona se va enganchando por la codicia en un deseo de tenerlo todo, y después en un deseo de que todo el mundo le admire y le respete (vanagloria), y finalmente en un deseo de dominar a todos (la soberbia), esa persona se hace muy vulnerable y esa persona se hace muy impermeable a la gracia de Dios.

Las personas soberbias no se dejan ayudar, no se dejan corregir y, como piensan que están por encima de todas las demás, se sitúan ellos en una situación de superioridad que les hace despreciar las recomendaciones, los consejos o las correcciones que les puedan dar las personas de su entorno más cercano, -sus familiares, sus amigos, su director espiritual, su confesor-; de modo que cuando el maligno lo que pretende es llevarnos a soberbia y de ahí a todos los demás pecados, lo que pretende es la ruina de nuestra propia vida.

Quizá alguno escuchando esto penséis: “Bueno, entonces estoy a salvo del maligno porque si yo soy un mileurista² o soy un pensionista y no voy a ser nunca rico, ya estoy a salvo de la codicia; y si estoy a salvo de la codicia, no caeré en la vanagloria; por tanto, tampoco llegaré hasta la soberbia. Estoy a salvo”. ¡Cuidado! porque cuando San Ignacio habla de codicia no solamente se refiere a la codicia de los bienes económicos, de quien aspira a tener qué sé yo, una cuenta muy abultada en una banca privada, a tener un yate o a tener muchas fincas. No. **San Ignacio llama codicia a todo deseo desordenado de toda cosa que nos parece humanamente apetecible**, y hay tantas cosas de las que a veces tenemos codicia. A veces uno puede tener codicia, por ejemplo, de aprender a tocar un instrumento musical, y puede uno tener codicia de aprender un idioma extranjero, o puede uno tener codicia de tener éxito en sus estudios académicos. Todos podemos sentirnos muy atraídos, muy seducidos, por cosas que no son malas; que en el fondo son herramientas e instrumentos con los que podemos servir a Dios; pero en los que, si ponemos el corazón, nos enredamos.

Seguramente todos recordáis que cuando empezamos los Ejercicios, al hablar del Principio y Fundamento, nos decía San Ignacio que el hombre ha sido creado para Dios y que las demás cosas sobre la faz de la tierra han sido creadas para el hombre de manera que nos ayuden a conseguir nuestro fin³.

¿Qué es codicia? Codicia es ese apego a las cosas de este mundo, no para servir a Dios sino para conseguir las para nosotros; es en el fondo poner nuestro corazón en aquello a lo que estamos apegados y tener **ansia** por conseguirlo. Que un estudiante procure sacar buenas calificaciones, forma parte de sus deberes de estado; como que un empresario procure ser un buen profesional y procure que sus negocios le vayan bien. Esto es algo muy positivo muy conveniente. El problema es cuando esto nos hace desenfocar lo que es primordial o secundario en nuestra vida, cuando esto nos hace poner el corazón en ello y pensar que eso es lo más importante, eso es lo único que nos interesa; en ese caso, uno ya

² En España: persona que percibe un sueldo mensual que se sitúa en torno a mil euros.

³ [23] PRINCIPIO Y FUNDAMENTO.

tiene codicia, aunque sea de cosas inmateriales como es sacar buenas notas en los estudios en los que uno está matriculado.

Por eso quizá podríamos sustituir estas tres palabras: codicia, vanagloria, soberbia, por tres sinónimos en los que tenemos riesgo todos, que son los siguientes:

- * En lugar de codicia llamarlo **ansia por conseguir mis objetivos**; cuando uno tiene ansia por conseguir sus objetivos y no la Voluntad de Dios, sino lo que él se ha trazado, lo que él se ha propuesto, lo que a él le ilusiona; y da igual que sea un coche que un título, que un éxito profesional o cualquier otra cosa. Cuando uno tiene ansia por conseguir algo que no sea la Voluntad de Dios ya tiene codicia, codicia espiritual.
- * La segunda palabra, después de ansia por conseguir, es **ansia o deseo de lucir**. Y eso ¿qué quiere decir? Que después de conseguido lo que pretendo, me guste que todo el mundo sepa que lo he conseguido, y que la gente de este modo me respete, me trate con admiración, me considere, me valore mejor. La vanagloria es, por consiguiente, el deseo no tanto de agradar a Dios cuanto de **agradar a los hombres**, y suscitar en ellos admiración, respeto o envidia; y ese es un segundo escalón muy peligroso que nos hace buscar quedar bien, que nos hace buscar que se nos conozca, se nos valore, se nos estime.
- * Y el tercer sinónimo, el de la soberbia, podríamos llamarlo también un **deseo de dominar**, de estar por encima de los demás. Cuando uno ya se pone en esa postura, juzga a los otros, se vuelve irritable; en el fondo espera que todo el mundo le trate conforme a la dignidad que a él le parece que tiene. Eso, es ya soberbia.

Pensado así: codicia, vanagloria, soberbia, como ansia por conseguir, deseo de lucir, e intención de dominar, no es solamente un problema o un peligro para las personas multimillonarias, sino que esto nos puede ocurrir a todos, incluso a los consagrados a Dios, incluso a una religiosa contemplativa que vive en un Monasterio.

Si, por poner un ejemplo, -esto es ciencia ficción-, una religiosa tuviera en su Monasterio el ansia por ser la que mejor toca el órgano, o la que mejor cocina, y después le gustara que todas lo supieran y que se lo reconocieran y que le dijeran: “¡Qué bien lo haces!, ¡eres maravillosa!, ¡es una suerte para nosotras tenerte aquí!”; y esto le hiciera considerarse con más superioridad que las demás, ya estaría siendo engañada por el maligno que ha esparcido demonios en el mundo para atrapar nuestras almas.

La codicia, la vanagloria, la soberbia, nos hacen situarnos en una postura en la que ya no nos dejamos ayudar ni corregir, en la que nos hacemos impermeables a la gracia de Dios.

EL EJÉRCITO DE JESUCRISTO.

Después de presentarnos a este ejército, el del demonio, San Ignacio nos anima a figurarnos el ejército de Cristo. Como veis se trata de dos ejércitos que están dispuestos para la batalla.

La comprensión de fondo que tiene San Ignacio es que en el mundo estamos en guerra y que, aunque tú no huelas a pólvora, aunque no haya trincheras en tu camino al trabajo, sin embargo, estás metido en esta guerra. Hay una guerra desde la rebelión de los ángeles, pasando por el pecado original de Adán y Eva, y durante toda la historia de la humanidad. Hay una guerra entre el bien y el mal, entre Jesucristo y Satanás, entre la virtud y el vicio. Y esa guerra se libra en todas partes, en todas las familias, en todas las ciudades, y también en el interior de cada uno de nosotros.

¿Cómo es la bandera de Jesucristo, el ejército de Jesucristo? Lo tenéis en los números [144] a [146] del Libro de los Ejercicios.

[144] 1º *puncto*. El primer punto es considerar cómo Cristo nuestro Señor se pone en un gran campo de aquella región de Hierusalén en lugar humilde, hermoso y gracioso.

[145] 2º *puncto*. El 2º considerar cómo el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etcétera, y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condiciones de personas.

[146] 3º *puncto*. El 3º: considerar el sermón que Cristo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos, que a tal jornada envía, encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a summa pobreza espiritual, y su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual; 2º, a deseo de opprobrios y menosprecios, porque destas dos cosas se sigue la humildad; de manera que sean tres escalones: el primero, pobreza contra riqueza; el 2º opprobrio o menosprecio contra el honor mundano; el 3º, humildad contra la soberbia; y destes tres escalones induzcan a todas las otras virtudes.

San Ignacio nos anima a imaginar a Jesús en un lugar humilde y gracioso. Podéis imaginaros a Jesús como el buen pastor, un hombre sencillo, humilde, que coordina efectivamente a una multitud de personas que desean el bien y que desean que el mal sea derrotado. Jesús escoge apóstoles y discípulos a los que une a Él y a los que propone también una estrategia; y la estrategia, para conseguir que muchas almas se salven es ésta: que lleven a todos a **pobreza espiritual**; que de pobreza les animen a **desear opprobios y menosprecios**; que de ahí les lleven a **humildad**; y de ahí a todas las **demás virtudes**. Lo tratamos de explicar brevemente:

1- pobreza espiritual.

¿Qué significa pobreza espiritual? **Valorar evangélicamente las riquezas**; es decir, entender el Principio y Fundamento, que las cosas que han sido creadas sobre la faz de la tierra son ayudas que Dios nos da para nuestro bien y para conseguir nuestro fin, y nuestro fin es nuestra propia santificación. Dice San Pablo: «Nuestra salvación eterna es llegar al cielo».

De modo que hemos de tomar esos medios sólo en la medida en la que nos ayudan para ese objetivo. Conseguir aprender un idioma extranjero, aprender a tocar un instrumento musical, comprarte un coche, conseguir una colección de libros u obtener un ascenso en el trabajo, son útiles sólo si a ti te ayudan a ser más santo y si no ¡cuidado! Es decir, darle a las cosas el valor que tienen que es un valor instrumental, son solamente herramientas, **no poner en ellas nuestro corazón**.

Y por eso, la pobreza evangélica consiste en **no tener afanes o ansias de nada que no sea Dios**, de manera que lo que a uno de verdad le entusiasme, le apasione, le ilusione máximamente, sea agradar a Dios, ser santo, hacer bien a todas las personas que uno tiene a su alrededor; y todo lo demás en la medida en la que me ayuda, lo acepto; y en la medida en la que me perjudique para mi misión lo rechazo. Esto es pobreza espiritual.

A algunos, dice San Ignacio, el Señor los llama no sólo a pobreza espiritual sino incluso a pobreza material, a pobreza real. Unos religiosos, unas consagradas que han hecho un voto de pobreza no es simplemente que no tengan el corazón apegado a las cosas, sino que es que además quieren no tener nada que no sea imprescindible para su vocación consagrada.

2- deseo de oprobios y menosprecios.

Esto a algunos puede sonar un poco a chino y decir: “¿Qué quiere decir esto?” Es bastante sencillo, es lo **contrario a la vanidad**. Un vanidoso es una persona que desea siempre quedar bien, es alguien que procura en todo agradar a los demás para que estos le estimen más y le quieran más. Un vanidoso es una persona que nunca dirá una palabra inconveniente ni hará nada que en el fondo le vaya a comprometer, porque para él su imagen, su prestigio, su éxito, son lo primero en la vida. Pues bien, lo contrario de la vanidad es hacer en cada momento lo que tenemos que hacer sin buscar popularidad, sin pretender tener éxito, sin pretender la fama.

Es lo que vivieron María, José y el Niño Jesús en Nazaret. Vivieron una vida muy sencilla y durante muchos años pasaron inadvertidos; eran unos vecinos como todos los demás que eran santos, lo hacían todo bien, pero sin pretender salir en todas las fotos, sin pretender hacerse famosos; simplemente buscando agradar a Dios. Cuando una persona vive así, simplemente buscando agradar a Dios, no buscar su propio éxito personal e incluso cuando a veces le llegan oprobios y menosprecios, es decir, críticas, malentendidos, gente que no les quiere, piensan: “Si es por algún error mío, tengo que corregirme; pero si me estoy llevando el desafecto o las críticas por ser cristiano, por ser fiel a Jesucristo, por ser hijo de la Iglesia, entonces no sólo no me molesta sino que estoy encantado poder sufrir algo por Jesucristo que sufrió tanto por mí en la Cruz; no es para mí una desgracia; es para mí un honor”. Eso es deseo de oprobios y menosprecios.

3- humildad.

De ahí, humildad, -dice San Ignacio-, tercer escalón. ¿Y qué es humildad? Humildad es **blandura de corazón**. Humildad es aceptar las correcciones, aceptar que otra mucha gente no piense como yo, no considerarme mejor que nadie, y aceptar que tengo mucho que aprender y que, por consiguiente, hay muchas cosas que me vendrán muy bien, que me digan para mejorar y para corregir mis errores; y de ahí a todas las demás virtudes.

Mientras que el maligno ha intentado enganchar personas seduciéndolas con esas riquezas materiales o espirituales, que tuvieran su corazón apresado, el Señor lo que quiere es que seamos libres y, para que seamos libres, tiene que sanar ese apego interior que tenemos a las cosas de este mundo como si fueran un fin en sí mismas. El Señor quiere que

tengamos nuestro corazón libre de todo afecto desordenado para que podamos de veras cumplir con nuestro propósito en la vida, con nuestra meta, con el Principio y Fundamento.

EVALUACIÓN PERSONAL.

Después de considerar estos dos ejércitos y cómo suele proceder el maligno y cómo actúa el Señor, quizá cada uno de vosotros pueda hacerse algunas preguntas; por ejemplo:

Primera pregunta

¿Qué peligros te parece que corre tu alma? O, dicho de otra manera, ¿por dónde suele el demonio alejarte de Dios? ¿No será por algo de esto, porque de pronto tendrán ansias, y una ilusión desmedida, y una pasión desordenada, por conseguir tus objetivos?

Segunda pregunta

¿Ves el peligro de querer ser a la vez cristiano y mundano? ¿Ves que no es compatible militar en dos ejércitos enfrentados a la vez? No es posible poner una vela a Dios y otra al diablo. Haz de escoger en esta guerra si tú quieres ser seguidor de Cristo con el estilo del Señor, o si más bien te dejarás arrastrar por ese estilo mundano que es el del ejército de Satanás.

Tercera pregunta

¿Cómo es tu adhesión al bando de Jesucristo? Y me refiero con esto, a que igual que en cualquier ejército, hay varias divisiones, unidades y armas: está la infantería, la caballería, la artillería, la armada, los pilotos del aire; también en el ejército de Jesucristo hay muchas armas: hay movimientos apostólicos, hay órdenes religiosas, hay pastores, hay grupos parroquiales. Sería muy absurdo que creáramos división en nuestro propio ejército. Sería una traición al Señor que anduviéramos poniéndonos las zancadillas: la infantería a la artillería, la caballería a los ingenieros.

En el fondo eso sería muy perjudicial para nosotros mismos y para este bando de Jesucristo. Hemos de amar a la Iglesia y hemos de respetar con inmenso afecto a quienes pelean aún más y mejor que nosotros en este bando. Hablar siempre bien de todos los grupos de la Iglesia. Tener estima por los que sirven al Señor, aunque sean un carisma muy distinto al nuestro, y alegrarnos de que existan órdenes religiosas masculinas y femeninas, y sociedades de vida apostólica, y movimientos, y parroquias, y grupos. Todo lo que sea para Gloria de Dios, para bien de las almas, nos ha de alegrar. Seríamos tontos si pensáramos que nuestro grupo es el mejor y todos los demás no lo terminan de hacer bien. ¡Sería ridículo!

Cuarta pregunta

¿Vives tu vida cristiana como lo que es? ¿Un combate? ¿Una lucha? ¿Una guerra? ¿O hasta ahora has vivido la vida cristiana con cierta ingenuidad, sin darte cuenta de que había enemigos para tu alma, sin caer en la cuenta de que hay peligros en los que podemos caer?

RECURSOS DE AYUDA.

Por si os ayuda, además de ese pasaje del trigo y la cizaña, os ofrezco otros dos que os pueden servir como lectura:

- * «*Sed sobrios, estad alerta, que vuestro enemigo el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar*». (1 Pe 5,8-9)

Sed firmes en la fe; por consiguiente, esto del diablo no es un cuento, no es una leyenda, sino que es una verdad de fe. Nosotros creemos que Jesucristo es combatido por el diablo, y que el diablo es un ser personal, es un ángel caído, y que tiene colaboradores, y que tenemos que ser astutos, no ser ingenuos.

- * Y el segundo pasaje que os propongo ahora es de San Pablo: «*Porque nuestra pelea no es contra hombres, sino contra los espíritus malignos*». (Ef 6,12)

Nosotros no combatimos contra personas humanas, vecinos o compañeros de trabajo. Al revés, ellos son almas redimidas por Cristo a las que hemos de ayudar para llegar al Cielo. Nuestro combate no es, por consiguiente, contra ningún partido político, ni contra otra religión, ni contra las personas de otra raza. No. Nuestro combate, nuestra guerra es contra el mal en esas personas y contra el mal en nosotros mismos.

No podemos ser maniqueos ni pensar que nosotros somos los buenos, los que no están con nosotros son los malos. No. El bien y el mal se han introducido en todas las personas, de modo que nuestra lucha es contra el pecado, contra el mal, contra Satanás, pero no contra ningún vecino ni contra ninguna persona concreta de nuestro entorno. Vuestra pelea no es contra hombres, dice, sino contra los espíritus malignos.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

[147] *Coloquio.* Un coloquio a nuestra Señora, porque me alcance gracia de su hijo y Señor, para que yo sea recibido debaxo de su bandera, y primero en summa pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servido y me quisiere elegir y rescibir, no menos en la pobreza actual; 2º, en pasar opprobrios y injurias por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin peccado de ninguna persona ni displacer de su divina majestad, y con esto una Ave María.

2º *coloquio.* Pedir otro tanto al Hijo para que me alcance del Padre, y con esto decir Anima Chriti.

3º *coloquio.* Pedir otro tanto al Padre, para que Él me lo conceda, y decir un Pater noster.

San Ignacio nos sugiere que concluyamos con un triple coloquio, es decir, que entablemos un diálogo en primer lugar con la Santísima Virgen, con la Madre de Dios, con Nuestra Señora. Le pedimos a Ella que nos alcance de su Hijo Jesucristo la gracia de ser «*recibidos debajo de su bandera*». Y eso quiere decir que la Virgen nos alcance la gracia de ser buenos soldados de Cristo, que nos alcance la gracia de servir al Señor como el Señor desea ser servido. No estar jugando: Estoy con Jesús, pero con las armas del maligno; con

Jesús, pero con codicias, con vanagloria, de una forma mundana. No. Ser «**recibidos bajo su bandera**», como sus santos, como sus mártires, como sus buenos soldados.

Segundo, coloquio con Cristo para que esto mismo nos lo alcance del Padre. Y finalmente, coloquio con el Padre.

A la Santísima Virgen podemos rezarle un Ave María; al Señor, la oración de Alma de Cristo; y al Padre, un Padre nuestro.

¡Feliz meditación!